

LA VENGANZA SE VISTE FRÍA

OLGA GONZÁLEZ-ANGULO



MANIAC

LA VENGANZA SE VISTE FRÍA

Primera edición Maniac Ediciones: 2024

© del texto: Olga González-Angulo 2024

© del diseño y cubierta de esta edición: Maniac Ediciones

www.maniacediciones.com

Impreso en España – Printed in Spain

ISBN: 978-84-129303-1-3

Depósito legal: DL SG 243-2024

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Dirijase a hola@maniacediciones.com si quiere reproducir algún fragmento de esta obra.

Para el *carinyet*, las integrantes de *Sota pena de mort* y la Pao, sin ellos no hubiera sido posible. Madre, cuánta razón: els llibres et tornaran tonta, (los libros te volverán tonta), y así estoy.



1

Las luces del ático resplandecen. La familia empieza el día.

En la esquina, observando. Nerviosa. Necesito tener sus movimientos controlados, afianzar su rutina. No se me puede escapar nada. Llevo tantos días vigilando que todas sus acciones han quedado impregnadas en mi cerebro.

Se levantan pronto. Sale con las niñas y Edu. Acicalado. A las ocho; las ocho y siete minutos para ser exactos. Lunes, martes, miércoles, jueves y viernes.

Alto. Metro ochenta. Traje negro y camisa azul cielo. La raya del pantalón muy marcada. Zapatos negros de punta afilada, brillantes, recién lustrados. Pelo negro rizado, con trazas blancas en las patillas, siempre el mismo peinado. Jamás un cabello fuera de lugar.

Impecable día tras día.

Edu, su viva imagen; diez años. María, quince años, con un parecido extraordinario a Margot. Pelo largo castaño claro y ojos azules. Clara, de doce. Pelo oscuro rizado, ojos negros. Y la pequeña Isabel, cinco años, una mezcla. Pelo rizado castaño claro con ojos negros. Uniformes immaculados. Camisa blanca debajo del peto marrón con rayas azules y verdes muy sutiles, calcetines blancos y unos mocasines marrones. Los lunes, la bata les cubre el uniforme. Blanca, con unas rayas azules muy delgadas, casi imperceptibles a cierta distancia. En el lado izquierdo superior se puede leer sus nombres: María, Clara e Isabel. Edu, el mismo uniforme, pero

con pantalones cortos, calcetines blancos y mocasines. También se lee su nombre en la bata.

Los deja en la puerta acristalada sin marco del edificio con apertura por movimiento. María, Clara e Isabel se colocan a una distancia prudente para no activar el mecanismo. Mochila granate en la espalda. En la mano, una bolsa rosa de rayas blancas con sus nombres bordados contiene la merienda. Hechas con mucho cariño por su madre, Margot. Calladas, mirando al suelo.

Edu juega con la puerta como cada día. Se acerca. Se abre. Entra. Espera que se cierre. Se acerca. Se aleja. Sale y entra... Ríe. La bolsa de la merienda celeste con rayas blancas se balancea en su mano al ritmo frenético de sus movimientos. Mira a sus hermanas, quiere que participen en el juego a sabiendas de que no les está permitido. Ellas no lo miran. La pequeña Isabel empieza a mover rítmicamente la bolsa de la merienda mirándolo de reojo, pero sin despegar los pies del suelo; no puede moverse y lo sabe.

Mientras tanto, él abre la puerta del aparcamiento. Baja. Sube con el coche familiar. Negro, con tapicería de piel gris oscuro. Se para en el mismo lugar cada día, milímetro más, milímetro menos, donde termina la rampa de salida.

Nunca se ha girado para mirarme. No ha detectado mi presencia, mi mirada exhaustiva, penetrante y calculadora.

Sin parar el motor, suben las tres niñas calladas, siempre calladas. En ningún momento miran a su padre, no están autorizadas. Edu observa a sus hermanas y a su padre. No entiende, pero aprende. Sube el último, sabe que tiene que ser así.

Les lleva tres minutos. Al siguiente se abre la puerta automáticamente y sale Margot. Elegante a su manera. Media estatura, delgada, pelo liso castaño claro, ojos grandes y azules. Bonitos pero tristes, sin vida. Vestido verde pálido hasta las rodillas, americana roja impecablemente planchada, medias negras y zapatos rojos de tacón de aguja.



Él no la mira. Espera paciente con la vista al frente. Margot sube al coche y cierra la puerta.

Al oír el cierre de la puerta pisa el acelerador y la familia se aleja.

Cada día idéntico, cada minuto igual al anterior No pueden verme. Me escondo apresurada en la esquina. Los veo pasar.

Me dirijo a la calle paralela superior, al aparcamiento privado Santa Clara, para recoger a mi pequeña. Una BMW negra y plateada. Sus líneas rectas le dan esa apariencia robótica que me hechiza. Gran cilindrada. Me gusta correr. La adoro.

—Hola, preciosa.

Salimos a la calzada. Acelero para alcanzarlos.

Los sigo por última vez. A poca distancia, pero suficiente para que no puedan identificarme. Necesito asegurarme de su rutina un día más. Hace meses que los observo.

¡La seguridad es absoluta!

«¿Por qué lo hago? ¿Me considero parte de la familia? ¿Se está convirtiendo en mi rutina? No, no. ¡No me puedo distraer! La rutina nos da seguridad, pero nos hace vulnerables. ¡Lo sabes, Oona! Perderé el control. Un descuido y tiraré por la borda mi proyecto. Mi vida se vendría abajo. Hoy es el último día».

La familia llega a la escuela. Quedan devorados por el caos diario de la hora punta de entrada de los niños. Como cada día, paso desapercibida. Casco negro, visera totalmente oscura, no se intuye ni un pequeño rasgo de mi cara. Me diluyo con los padres que llevan a sus hijos en moto. Me siento segura y dentro de sus vidas. Formando parte de ellas.

Se coloca detrás del último coche. Avanza muy despacio. María, Clara e Isabel no pueden salir hasta llegar a la puerta de entrada, ni antes ni después. Para Edu las cosas son diferentes. La cola se detiene. Edu sale al ver

a sus amigos, cierra la puerta, mira a sus padres y se despide de ellos. Va hacia la entrada riendo y hablando con sus compañeros.

Él puede; ellas, no.

Antes de adentrarse en el edificio se gira y busca el coche de su familia. Saluda con la mano, alegre, y desaparece por la puerta destinada a los niños. María, Clara e Isabel no pueden bajar hasta que su padre se lo indique.

Edificación antigua con dos partes muy marcadas, una para los niños y otra para las niñas. La parte masculina, fachada gris con las ventanas y las puertas oscuras, casi negras. Sobre la puerta de entrada principal, el nombre en tono granate: San Gabriel, Escuela Religiosa. A pocos metros de distancia, la parte destinada a las niñas. Fachada color blanco y un granate pálido, casi rosa, en puertas y ventanas, el nombre con la misma tonalidad granate: Ave María, Escuela Religiosa.

Me arriesgo y me acerco como jamás me hubiera atrevido. Miro al interior de la parte trasera del vehículo. Las niñas, calladas, con la mirada perdida en el infinito. Isabel se refleja en la visera de mi casco; no se inmuta, no me mira, no se mira, no nos vemos.

«¡Isabel, pequeña, mereces sonreír!».

Acelero para seguir el ritmo de los coches.

Una vez delante de la puerta, detiene el coche. Mira a las niñas por el retrovisor y les da la autorización. Ellas abren la puerta y bajan. Miran a su padre y dicen adiós al unísono. Como cada día.

Espera a que crucen el umbral. No aparta la vista de ellas. El coche que les sigue toca el claxon para que arranquen.

Él no escucha, no oye, no confía. Necesita ver a las niñas desaparecer por la puerta, cada día se asegura de ello. Una vez están dentro, arranca y se van.



Verlo una vez más me hace sentir segura y tranquila. Me hace partícipe de su vida, de ellos, de la familia.

Acelero. Avanzo detrás del coche y los miro fugazmente. En silencio.

Conduzco hacia su empresa. Dejo a mi pequeña en el aparcamiento Santa Clara.

Camino apresurada.

Nueve y diez minutos. Aparca en el lugar que tiene reservado a pocos metros de la entrada principal, zona de carga y descarga, frente la persiana gris llena de polvo, vieja, chirriante por el poco uso. Solo la abren los días que reciben la mercancía. El resto de la actividad de la empresa, por la puerta blanca pequeña con un cristal opaco, sin rotulación y poca luz. Al cruzar la puerta, la exquisitez te deslumbra. Luz perfecta para enseñar el funcionamiento de cada una de las máquinas de coser que representa. Mesas grandes. Sillas cómodas. Minibar para hacer los descansos, dispuesto con un gusto refinado para que sintamos que formamos parte de la empresa, de su feudo.

Salen del coche y caminan en dirección al restaurante, sin hablarse. Doblan la esquina. Los sigo. Llegan al bar La Parada, a diez minutos del trabajo.

Local acristalado. Veinte mesas preparadas para los desayunos. Mantel blancos con un ribete rojo. Servilletas rojas y tazas blancas con el asa roja. La barra, al fondo, paralela a la vidriera. En el lado izquierdo, delante de la entrada a los servicios, hay unos palés pintados de blanco con multitud de flores rojas.

Entran y se sientan en la mesa más cercana al palé. La misma día tras día. Observo.

Eduardo, un bocadillo de jamón y un café con leche. Margot, un cruasán con mantequilla y mermelada y un té negro. Saborean el desayuno bocado a bocado, sorbo a sorbo, idéntico ritual cada día. Cada uno absorto en su teléfono móvil. No se miran. No se hablan.

Al cabo de veinte minutos exactos, Eduardo se levanta y se acerca a Margot por la espalda, le habla al oído. Daría lo que fuera para oír estas palabras. Se las repetiría acariciándole la oreja con mi aliento al pronunciarlas.

«Oona, ¡basta! Jamás lo harás».

Margot no lo mira, escucha y asiente con la cabeza.

Se va.

Margot se toma su tiempo para terminar el desayuno.

«¿Por qué lo haces? ¿Qué tienes que esconder? ¿Necesitas espacio sin Eduardo? ¿Necesitas tiempo para sentirte presente?».

Habla con el camarero, treinta y pocos años, atractivo, divertido y cortés.

«Te sientes mujer por un instante. Te comprendo, Margot».

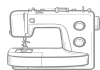
Cruza unas palabras con la propietaria y con el señor sentado en la barra que toma un café.

Es el único momento que la veo feliz. Interactúa con otras personas, escucha, habla, ríe...

Estos son los minutos de que dispongo. Es mi momento. Margot, no me decepciones. Jamás te lo perdonaría.

Ahora tengo el control. Conocía su rutina. La he afianzado. Me siento empoderada. ¡Puedo hacerlo!, pero ¿cuándo? Dispongo de pocos días.

Los sábados y domingos también son muy previsibles, pero he advertido que la familia se escapa de sus costumbres los fines de semana, por eso quedan descartados. Dispondría de más tiempo, pero un pequeño cambio puede dar al traste con todo. Las personas somos rutinarias y vulnerables. ¿Por qué nos sentimos seguros así? ¿La incertidumbre nos bloquea? Insensatos. ¿Lunes? Dispondría de un día más, pero es arriesgado. Si el fin



de semana hay algún problema, lo intentan arreglar lo antes posible. No puedo contar con esa variable. ¡Decidido! El martes.

Me sobresalto al ver a Margot salir del bar. Mira hacia mí. Estaba tan obcecada en mi decisión que no me he dado cuenta de que se levantaba. Me doy la vuelta rápidamente y empiezo a andar en sentido contrario con el aire retenido en mis pulmones. Me diluyo entre la multitud hasta llegar al aparcamiento. Al subirme a mi pequeña y ponerme el casco dejo escapar un suspiro de alivio. No me ha visto, o eso espero.

«Oona, por favor, ¿qué haces? ¡Mantente alerta!».

—Vamos, regresemos a casa, pequeña.

Un fugaz pensamiento me detiene al parar el motor. Necesito vivir este fin de semana como el último de esta subsistencia vacía que me ha llevado hasta aquí, hasta donde estoy; que me ha obligado a tomar esta decisión.

Después del martes mi mundo será diferente. Nacerá una persona nueva en muchos sentidos. Quiero despedirme de mi yo actual que nunca más existirá. Vivir intensamente este adiós. Deseo empezar de nuevo fuerte, decidida, con autoridad e igualdad. Estoy impaciente por experimentar ese cambio.

No es una despedida amarga, no, no lo es. Dejo atrás aquello que no me permite avanzar. Llevar a cabo este proyecto innovador y a la vez triunfador me hará resurgir, abandonar los miedos, dejar de ser pequeña e insignificante para volver a ser la chica emprendedora que no se detenía ante nada, que se perdió.



2

Al entrar en el despacho el sol me deslumbra. Entorno los ojos para acostumbrarme a esta cálida bienvenida. Bajo el toldo del ventanal. El rojo intenso del rosal del patio trasero cautiva mi mirada. Cierro los ojos para deleitarme con el perfume que entra fugaz al abrir la ventana. Tranquilidad absoluta.

Hoy es festivo. Quiero acumular horas extras trabajadas, puede que las necesite en un futuro próximo y me tranquiliza disponer de ellas.

Sola, sin tener que disimular mi euforia ni mi nerviosismo; poder hacer esta despedida de mi yo actual tan deseada, tan esperada, tan calculada, libremente, sin miedo a que puedan advertir cambios en mí.

Enciendo el ordenador, miro los *e-mails* y contesto cada uno de ellos con la máxima sobriedad. ¿Con los correos se puede intuir el estado de ánimo? Creo que no, pero no estoy segura. Me contengo y analizo todas las respuestas una vez y otra antes de enviarlas. Tengo miedo, nadie puede arrebatarme mi renacer.

Una vez finalizada la tarea, entro en mi nube privada. Tecleo la contraseña y abro nuestro proyecto. Me quedo totalmente embelesada mirándolo. Qué preciosidad. Estoy segura, será un éxito tanto personal como profesional. Lo observo por delante, por detrás y por los dos lados..., extraordinario. Cada paso está calculado, no puede fallar nada de nada. Cierro mi nube privada y vuelvo al trabajo.

«Oona, deja el proyecto. Está a punto. Desconecta. Confía en ti. Es tu momento. Haz. Di. Crece».

Voy a hacer un café, necesito centrarme solo en el trabajo. Intento dejar la mente en blanco mientras lo saboreo sentada debajo del rosal centenario del patio.

Lavo la taza y la coloco en el armario. Me siento delante del ordenador y empiezo a trabajar sin pensar en nada más.

Instintivamente miro el reloj; las dos, hora de comer. Preparo algo ligero: crema de verduras, lomo a la plancha y un yogur. Me tomo el café en el jardín mientras oigo el canto de los pájaros. ¡Qué tranquilidad!

Vuelvo al ordenador. Se me pasan las horas volando. Hora de terminar. Contenta, muy contenta, he finalizado el trabajo previsto para hoy.

Bloqueo la pantalla del ordenador. Cierro la empresa. Camino ágil, dispongo de unas pocas horas de estar sola en casa. Quiero pensar y saborear estos días antes de emprender el proyecto. Lo necesito y lo deseo así.

Dejo el bolso en el mueble de la entrada y cuelgo la chaqueta en el perchero. Rápidamente subo a la primera planta donde tenemos los despachos, uno para mí y otro para Noah. No sé por qué. Me siento delante del ordenador y vuelvo a revisar el proyecto, estoy tan orgullosa que no me canso de contemplarlo.

«¡No!, ¡no! Esto no es una despedida, es un anhelo. Tengo que gestionarlo de otra manera. Tengo que conseguirlo».

Este adiós debe ser consciente, vivido con intensidad. Es algo esperado, buscado, deseado y definitivo. Observo por última vez y apago el ordenador. Me riño y me lo prohíbo.

«¡No, no y no!».

Cierro la puerta al salir.

Bajo a la cocina. Es espaciosa, combinada en dos tonos de gris con pequeños detalles blancos. La ventana es enorme y da a la calle. Me acerco a



la nevera. Haré una cena de despedida. No es un día normal. Entrante de pulpo a la gallega con un fondo de patatas al *caliu*. Primer plato, crema de brócoli con crujiente de jamón. De segundo, muslo de pollo al horno con calabacín. Y de postre, melón cortado en cuadrados de un centímetro con helado de chocolate y regado con crema caliente de frambuesas.

La primera de mis cenas de este nuevo amanecer lista para saborearla.

Consulto la hora, de un momento a otro llegará Noah. Subo el primer peldaño de las escaleras. Me paro en seco.

«No, no puedes hacerlo».

Un ruido me distrae. Es él.

«Lo que necesitaba. Gracias, amor».

Desando mis pasos. Noah entra en la cocina y me besa envolviéndome con su pelo largo, ondulado y alborotado. Me abraza con su mirada. Ojos marrones, cansados pero siempre chispeantes.

Se acerca seductor a mi oído.

—Hola, cariño. ¿Cómo ha ido el día? ¡Qué bien huele! ¿Qué celebramos hoy?

—Bien, muy bien, ¿y a ti? Todo y nada que celebrar. ¿Damos un paseo antes?

—Sí, buena idea. Pero con esta bienvenida me ha entrado un hambre feroz, no sé si podré aguantar. Te quiero. Me pongo cómodo y vamos.

Me da un beso apresurado.

Quince minutos después, salimos.

Caminamos despacio por el paseo marítimo hasta el puerto deportivo. La brisa nos acaricia. Hablamos del trabajo y de lo que vamos a hacer el fin de semana.

«El fin de semana... No lo entenderá. Quiero que sea diferente. ¿Cómo puedo hacerle llegar mis deseos sin muchas explicaciones? Una aventura

para recordar y rememorar como el último fin de semana antes del comienzo. Tengo que deshacerme de lo que me oprime. Tengo que empezar este nuevo yo sin ataduras del pasado. Oona, piensa, piensa, piensa».

Miro el mar. Siento su serenidad. Su fuerza. Su furia. La esperanza del horizonte.

Me detengo y, mirándole a los ojos, le propongo que vayamos a navegar el fin de semana.

—¿Qué dices, Oona? ¡No! ¿Has visto las previsiones? ¿Podemos dejarlo para otro fin de semana?

—No, quiero salir este. Si no te apetece, iré sola.

Aparta su mirada y la fija en el mar. Veo en su expresión un «¿por qué este fin de semana y no el siguiente o al otro?». No lo entiende.

—Oona, ¿seguro que quieres salir? Piénsalo, cariño. No me apetece.

—Nos lo pasaremos bien. Será emocionante, diferente y, por qué no, romántico. Quiero que me acompañes, pero entenderé que no te apetezca. Piénsatelo, por favor.

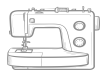
Asiente con la cabeza, baja los ojos y seguimos caminando en silencio.

«Me ha visto decidida. Sabe que no aceptaré un “no” por respuesta. Lo necesito.

Lo quiero. Lo haré».

Regresamos en silencio. Nos reconforta a los dos. Al llegar a casa subo a ponerme cómoda.

Nos sentamos en la mesa del comedor. La pared de piedra y el techo abovedado nos acogen dándonos un toque mágico y especial. Cenamos hablando de lo que necesitamos para salir a navegar. Lo he conseguido. Poco a poco lo vamos haciendo nuestro, de los dos, lo perfilamos y compartimos. Cada vez está más animado.



«Mi amor, si te pudiera explicar. Si tuviera la certeza de que me entenderías. Me das seguridad. Quiero transmitirte mis sentimientos, pero aún no puedo».

En los postres ya tenemos la ruta perfecta. Solo tengo una oportunidad. Un único adiós.

A Noah le encanta la cena. No entiende el porqué de una preparación especial para un día normal sin nada que celebrar, pero no pregunta. Lo saborea.

Me ve entusiasmada. Sonríe y me abraza con su mirada. Me siento feliz y totalmente decidida.

Recogemos la cocina y nos sentamos en el sofá a ver una película. Hablamos de ella, opinamos, reímos. Cuando aparecen los créditos nos vamos a la cama. Ninguna otra pregunta. Ningún reproche. Todo está bien.

—Buenas noches, cariño.

Le abrazo.

—Descansa, amor.

Cierro los ojos y visualizo el proyecto una y otra vez hasta que me duermo.

Nos levantamos pronto, desayunamos en la cocina. Vemos por la ventana cómo el aire levanta lo que encuentra a su alcance. Oímos el sonido de las hojas de las acacias moviéndose al son del viento. ¿Tramontana? No quiero saberlo. Anhele sorpresa, no previsión. No pregunto. Noah lo sabe.

Preparamos lo necesario y salimos. Llegamos al puerto. Me vuelvo hacia Noah y percibo su mirada inquieta fija en el mar. No le gusta, pero calla. Nos acercamos al amarre; quiero subir y zarpar. Blanco impoluto, el Intrépido. Noah escogió el nombre.

«Intrépido... Mis planes, no hay mejor yate para mi despedida. Sus quince metros de eslora moviéndose incesantemente por el oleaje me ha-

cen sentir eufórica y con más ganas de partir. Necesito adrenalina y calma para despedirme. ¡Lo voy a conseguir!».

Noah me aleja de mi entusiasmo.

—De verdad, Oona, ¿aún quieres salir? Mira el mar, por favor. ¿No lo ves? ¿Lo dejamos para el fin de semana próximo? Creo que lo vamos a agradecer.

Afirmo con la cabeza. Quiero salir. Sin dar pie a otra pregunta ni queja subo decidida al Intrépido. Noah me sigue, callado, ha entendido mi determinación. Voy a zarpar con o sin él, no hay marcha atrás.

Retiramos los amarres y salimos de puerto a velocidad de tres millas.

Me concentro en mí y en la navegación. No quiero nada que me perturbe. Ningún pensamiento. Ninguna imagen de lo que tengo entre manos, del mañana. Quiero vivir el hoy, el momento, la separación y el adiós. Quiero poder darme la bienvenida como me merezco y en el día señalado. No quiero dudas. Ahora no.

Al llegar a mar abierto acelero. El viento y el oleaje me hacen volar. Libertad extrema.

«Oona, atenta a los giros. ¡No, no, el barco a través, no! ¡Vamos a volcar! Recuperado. Arruinaré la despedida. Nada será igual. ¿Cómo podría nacer en una nueva vida sin despedirme de esta? Sentir la derrota antes de poder emprender de nuevo mi futuro. No, no y no».

Me giro. La expresión de Noah me confirma que está disfrutando, pero con miedo.

«Nos despedimos juntos. Lo intuye. Compartimos sentimientos. Me apoya. Me da fuerza para nacer y seguir con lo planeado. Qué placer. Te quiero».

Se me despierta un apetito feroz.

—Noah, ¿comemos?



—Pero ¿qué dices? Aquí no podemos fondear.

—Lo sé, cariño. Buscaremos un lugar resguardado donde no dé el viento, ¿te parece bien?

—¡No! No podemos acercarnos a la costa. ¿Qué te pasa hoy, mi gran marinera? ¿Comemos mejor en el próximo puerto? Es la mejor opción, mejor dicho, la única, y lo sabes.

Ha accedido a acompañarme. Se lo debo.

—Dame las coordenadas. Nos irá bien poner los pies en tierra firme.

Sigo capeando las olas. Qué pasada. No pienso en nada, disfruto del aire y del mar. El agua fría y salada me salpica. Qué placer.

Noah me devuelve a la realidad.

—Oona, en cuatro millas tenemos un puerto.

Aminoró la velocidad hasta los tres nudos para poder entrar al embarcadero. Nos esperan. Nos acompañan al amarre. Atracamos y bajamos.

La pasarela de madera nos balancea intensamente. Avanzamos despacio, es difícil mantener el equilibrio en dirección al muelle. Al pisar tierra, la tensión se desvanece. Una sensación exquisita me envuelve el cuerpo.

Vemos un restaurante. Nos acercamos y leemos la carta. Miro a Noah, está abrumado.

—¿Qué te pasa, Noah?

—Ya sabes que a mí no me gusta. Hay días espectaculares para navegar y no creo que este sea uno de ellos. No lo entiendo, de verdad. Qué empeño. Sí o sí tenía que ser este fin de semana. ¿Por qué?

«Pues no. No puede ser otro fin de semana. No habrá otro. Seré diferente después del martes. Ya no estaré, no como hoy. No lo puedes entender, pero necesito tu apoyo incondicional para este adiós».

—Lo sé, pero lo necesitaba, no sé cómo explicarlo. Gracias por acompañarme. La próxima salida la escoges tú. ¿Te parece?

—No sé si podrás compensarme el día de hoy. ¡Qué estrés! Pero si te soy sincero, me ha gustado, lo he disfrutado en algunos momentos, aunque en otros he tenido tanto miedo que no sabía dónde agarrarme. Pánico, incluso. Pero te veía tan segura que me has transmitido algo de confianza. No mucha.

Le sonrío.

—Con esto me quieres decir que... ¿no necesitas compensación?

—No me malinterpretes, te costará recompensarme.

Nos miramos y nos reímos.

«Me gusta, qué química más deliciosa estamos viviendo. Somos un todo».

Nos sentamos en la mesa que nos han asignado. Redonda, pequeña e íntima. A nuestra derecha, una ventana con vistas al mar. Miro cautiva cómo se levantan las olas. Pedimos un arroz caldoso de bogavante, exquisito, con un vino blanco del Empordà. De postre, unas fresas escabechadas con agua de azahar. Delicioso. Y un café.

Es tan acogedor que el tiempo se detiene. De paredes blancas con decoración marinera. El techo recubierto de redes pesqueras. En el muro del fondo, una reproducción del mar. Al mirarlo te envuelve y, junto con las sensaciones del paladar, lo tienes a tus pies. Magnífico.

Al cabo de un buen rato salimos del restaurante. Paseamos cogidos de la mano. Me da el espacio, apoyo y tranquilidad que este fin de semana pido. No me hace preguntas, me deja disfrutar de mi silencio. ¿Algún día me preguntará por qué? Será un fin de semana inolvidable. ¿Algún día pensará en él como un antes y un después? Qué incógnitas tan grandes, tan irracionales y preocupantes. ¿Qué le podré contar? Cuando me pregunte, seré otra persona, ¿lo notará?

Andamos por un entramado de callejuelas adoquinadas entre las casas de los pescadores por las que el viento no tiene permiso. Blancas, con las



puertas azules y las buganvillas de color rosa intenso invadiendo las fachadas. Llegamos a una pequeña cala desierta donde el viento nos azota al pisar la arena.

Noah no quiere volver al barco. Camina y camina por las calles de este pequeño pueblo mariner. Repetimos una y otra vez el mismo recorrido, pero debemos irnos. Sin hablarle, lo llevo cogido de la mano, despacio, hacia el muelle. No pone resistencia. Sabe que tenemos que zarpar sin perder más tiempo.

Salimos de puerto rumbo al siguiente. Cojo el timón. Acelero. El viento es helador. Estoy tan tranquila y abducida por las aguas bravas que el camino se me hace corto, muy corto.

Atracamos y nos acercamos al hotel que vemos a nuestra derecha. Las habitaciones tienen balcones para ver la salida del sol. Preguntamos y hay habitaciones libres. ¡Perfecto!

Al entrar en la habitación nos maravilla la vista. Voy corriendo al balcón. Salgo. Cierro los ojos y respiro profundamente. Me invade una sensación de ligereza al soltar poco a poco miedos, dudas, pasado, enemigos...

Nos preparamos para ir a cenar. Noah es rápido. Sale de la ducha y se acuesta en la cama pensativo.

Entro en la ducha. Me estremezco con la caricia del agua caliente deslizándose por cada rincón de mi ser. Levanto los brazos y junto las manos. Cierro los ojos y visualizo el proyecto. ¡Qué placer! Lo tengo delante con todos los detalles.

¡Impresionante! Me deja sin aliento un instante.

Cojo el jabón. Lo deslizo por mi cuerpo como si fuera el de él. Espalda. Pecho. Piernas... Siento su piel. Su tacto. Triunfaremos.

Noah llama a la puerta. Abro los ojos y la imagen se desvanece. Cierro el grifo y salgo de la ducha. Me seco despacio y me visto. Estoy relajada y,

al mismo tiempo, conectada con el ahora. Lo he conseguido. Guau, qué sensación de placer. Será inolvidable. Jamás podré volver a vivirlo.

—Noah, lo siento. ¿Te apetece dar un paseo por el pueblo y buscamos un restaurante en el centro para cenar?

—Sí, por favor, necesito estar alejado del mar, aunque sean solo unas horas No quiero ni verlo.

Sonríó. Le beso.

—Te entiendo. Vamos.

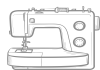
Paseamos por el pueblo. Encantador. Calles estrechas y empinadas. La cuna de los artesanos. Todas las calles salen de la plaza mayor formando un círculo casi perfecto. Los talleres y salas de exposiciones inundan las calles de artesanía.

Bajamos por la calle Pingere. Cuadros maravillosos. Una locura. Subimos por la Ceramics. Espectacular. Bajamos por la calle Vitrum, una gozada ver los talleres de vidrio. Y, por fin, subimos la calle Textile. No podía dejar de admirar la belleza de los trabajos: texturas, colores, diseños novedosos, técnicas punteras, sedas pintadas, otras dibujadas con diseños vanguardistas. Entramos en todas las exposiciones. Llega la hora del cierre. Cada vez vamos más rápido, no quiero perderme ninguna.

Lo conseguimos, o eso creo.

Los artesanos van colgando el rótulo de cerrado. Seguimos andando para dar con un restaurante. Llegamos a la plaza mayor; a la izquierda, una imagen nos sorprende. Negro sobre blanco. La silueta de una chica enmascarada cubre la fachada. Me siento identificada. Es un mensaje. Ella también, lo percibo. No puedo echarme atrás. Nos acercamos para verla de cerca. Fenomenal.

—Noah, ¿lo ves? Extraordinario. Está hecho con puntillismo. ¡Madre mía!



—Pero, pero... ¿Quién ha podido hacer esta maravilla? Está pintado uno a uno. ¡No me lo puedo creer!

Andamos de derecha a izquierda admirando el delicado trabajo. La artista ha jugado con diferentes medidas de círculos y la concentración de ellos para formar una imagen tridimensional. Al observar su mano, señala una puerta integrada en la obra. Nos acercamos. Leo entre puntos «Captivated, cocina de autor».

—¡Es un restaurante! Qué original. ¿Entramos?

Luminoso, minimalista. En sus paredes, unos grafitis en blanco y negro espectaculares, de ensueño, cobran vida al mirarlos. Mesas negras, redondas, de tamaños diferentes. Sillas blancas. Platos de colores, verdes, rojos, turquesas... La vajilla y los comensales dan color al ambiente.

Nos sentamos en una mesa delante de un grafiti de una belleza extraordinaria. La cara de una chica de mofletes hinchados, ojos expresivos y expectantes. Independientemente del ángulo en que la mires, te mira.

«¿Qué me quieres decir? Creo entenderte. Tú ya lo estás expresando. Me has llegado al alma. El martes seguiré tus pasos. No daré marcha atrás».

—Oona, ¿en qué piensas?

—En lo que transmite esta imagen. Seguro que lo ha pintado una mujer.

—Sus ojos son muy expresivos, pero yo no lo tengo tan claro. ¿Qué te dicen? Cuéntame.

Nos acercan la carta. Ufff. Salvada por la campana. Aún no puedo. ¿Y si no lo comprende? Leemos y comentamos. No sabemos qué escoger. Finalmente optamos por una sopa de cebolla con un aire de queso y chips de pan de primero. De segundo, escojo un entrecot a la brasa con guarnición de verduras texturizadas y patatas suflé. Noah, una merluza a la brasa con ensalada de algas wakame. Maridado con vinos seleccionados por el

sumiller para cada plato. Y de postre, un flan casero desestructurado con aires de chocolate. Una cena impresionante, exquisita.

Noah pide el café. Nos lo traen junto a un vaso de agua caliente. El camarero explica cómo debe tomarlo. Noah resopla.

—Ni el café es normal.

—¡Calla! Te van a oír.

Noah sigue las instrucciones. Con la cuchara pequeña coge un cristal de la taza, se lo coloca encima de la lengua, llena la cuchara sopera de agua caliente y se la lleva a la boca. Observo su cara. No puedo evitar reírme.

Noah pone ojos de sorpresa.

—Es como un Peta Zeta. Me encanta. Pídete uno, vas a flipar.

—Probaré el tuyo. ¡Una idea genial!

Hablamos. Reímos de la aventura en barco. Un momento único e irrepetible. Me permito dejar de lado mi plan. Estoy aquí.

Es un momento muy personal, estoy pasando por parte de mi yo. Este fin de semana quedara atrás hasta dejar de ser. Se irá difuminando hasta no volver a existir.

Salimos del restaurante. Caminamos hacia el hotel. La zona de los artesanos tiene una iluminación delicada. Las callejuelas se transforman en museo. Los escaparates exhiben sus obras maestras. Hay silencio. El arte nos atrapa. Poco a poco nos vamos alejando de esa maravilla.

Llegamos al hotel. Nos tumbamos en la cama. Caemos en un sueño profundo de inmediato. Nos vence el cansancio.

Nos levantamos a toque de alba. Vemos el primer repunte de luz en el balcón. Me coge de la cintura. Nos sentimos. Nos deseamos. Nos deleitamos con el espectáculo.

Bajamos a desayunar. Huevos fritos con beicon, un cruasán y un café con leche. No hay sobremesa.



El sol radiante me acaricia la cara. Qué maravilla. El reflejo del sol en el agua me atrae hacia él, me hipnotiza. Nos espera un regreso en calma.

La cara de tranquilidad de Noah no tiene precio. Respira relajado mirando el mar.

Cojo el timón. Navegamos. El aire de la velocidad me acaricia. La libertad transpira por mi piel. El horizonte, el no fin.

He perdido la noción del tiempo. ¿Horas? ¿Minutos? Noah me saca de este delirio.

—¿Echamos ancla? Tomamos el sol y escuchamos el silencio. ¿Te apetece, cariño?

Me acerco a la costa para fondear. Las paredes abruptas forman una pequeña cala. Nos tumbamos en la cubierta, uno al lado del otro, en silencio. Le cojo la mano. Su tacto me estremece. Disfruto del momento. Intento no pensar. Lo consigo. Respiro profundamente y siento un bienestar inexplicable, desconocido ¿o conocido en un pasado que no recuerdo? Lo disfruto con todos mis sentidos. ¿Es un sentimiento de liberación, de dejar ir lo que me oprime? No lo sé. Pero es liberador. ¿Qué me está pasando?

Transcurren dos horas agradables pero fugaces.

Comemos. ¡Qué delicia! Nadie a nuestro alrededor. Rodeados por el azul del mar y el cielo. Solo nosotros.

Nos acariciamos. Nos besamos. Hacemos el amor.

El atardecer nos envuelve. Tenemos que llegar a puerto antes del anochecer. Cojo el timón, desnuda.

Noah sigue tomando el sol. Mirándome.

Acelero lo justo para llegar a tiempo. Quiero disfrutar de la calma, del olor a mar y de este estallido de colores que el sol nos ofrece al esconderse tras el horizonte.

Noah se viste. Coge mi ropa y me besa. Con una delicadeza sensual me pone cada una de las prendas que dejé tiradas en la cubierta de proa, entre sonrisas.

Entramos a puerto por estribor y amarramos el Intrépido. Al bajar tengo la certeza de haber conseguido lo que buscaba. Una sensación de plenitud se apodera de mí. He conseguido la despedida que tanto anhelaba, el adiós del yo de hoy. Percibo el desfallecimiento de uno y el renacer del otro. Un sabor a cierre y apertura. Abre paso sin espera y con fuerza. Con seguridad y esperanza. Sentimientos que jamás me he dado el placer de volver a sentir. Quiero vivirlos intensamente.

Nos cogemos de la mano. Noah tira de mí, con prisas. Abre la puerta apresurado. El suelo de la cocina queda cubierto de los enseres restantes del fin de semana. Subimos las escaleras entre besos y caricias. Nos desnudamos el uno al otro. En cada peldaño va quedando algo de nosotros. El agua caliente se desliza por nuestros cuerpos y el tiempo se para. Me abraza, me acaricia, besa mi cuerpo...

—Hazme tuya, mi amor. Te quiero.

Me transmite su aprobación. Me da seguridad y una tranquilidad absoluta.

Noah sale de la ducha y admira cómo las gotas de agua abandonan mi cuerpo. Me tiende la mano. Me cubre con la toalla con tanta delicadeza que siento su amor envolviendo cada centímetro de mi ser. Siento su apoyo incondicional. Nunca podrá volver a tenerme así.

«¡Ay! Y si no te gusto».

Asumo el riesgo, pero ¡me dolería tanto! Tengo que hacerlo. No quiero rendirme. No quiero huir más. Volverá a tener a la persona de quien se enamoró, a la que posiblemente haya olvidado.

Me pone un pijama de Mickey Mouse negro con encajes en el cuello y las mangas. Noah se queda en el cuarto de baño. Lo miro a través del es-



pejo. La espuma de afeitar lo hace aún más atractivo si cabe. Ha percibido mi mirada. Me hace un guiño. Sonreímos.

Necesito contemplar el proyecto. No sé qué hacer. Me paro frente la puerta del despacho. Me debato entre entrar o no. Reposo mi mano en el pomo de la puerta. Lo hago girar. Me detengo. Respiro profundamente. ¿Qué es lo correcto? ¿Intuirá mi cambio, aunque solo le eche un vistazo rápido? ¿Me lo puedo permitir? Puede ser perturbador y difícil de esconder. No, no lo puedo hacer. ¿Cómo podré disimular? Me emociona demasiado. Está tan cerca. Vibro al pensarlo. ¡Es mi despedida!

«¡Oona, no lo hagas!».

Retiro la mano del pomo y voy a la cocina. ¿Cuál podría ser la mejor cena para hoy? La última sin inquietudes. Pescado. No puede haber carne. No sería un final, sería una precipitación de lo que está por venir.

Una bullabesa es una buena opción. Coloco la olla en el fuego. Su olor va invadiendo la cocina hasta apoderarse de cada rincón. El aroma me concentra y me aísla de mis pensamientos. De segundo, un rape al horno con una salsa de almendras y alcachofas. Y de postre, un bizcocho de naranja amarga y avellanas con chocolate.

Preparo la cena con una tranquilidad absoluta. Estoy gozando del momento. Anhele sentarme a la mesa para degustar esta penúltima cena.

—Noah, la comida esta lista. ¿Bajas?

Veo su cara de sorpresa y su inquietud por saborear los olores que ha ido percibiendo a medida que le llegaban. Aromas puros que iban mezclándose deliciosamente unos con otros.

Nos sentamos.

Los platos *vintage* de Coca Cola que me regaló mi familia esperan a ser utilizados. Qué buenos momentos. Los recuerdos me reconfortaban. Nos los quiero perder. Y si mi nuevo yo los relega al olvido, ¿qué voy a hacer? ¿Quiero pagar este precio? Todo tiene un coste. Quiero, por fin,

vivir sin miedos. No puedo mantenerme en la sombra por más tiempo. Necesito renacer.

«No tienes por qué perder lo bueno, Oona, serénate».

Noah me coge la mano.

—¿Qué te ocurre, Oona? Un fin de semana diferente. Unas comidas deliciosas. ¿Qué sucede? No entiendo nada. ¿Quieres contarme algo? Sabes que puedes hacerlo, sea lo que sea.

—Nada, no sucede nada. Necesitaba unos días diferentes, inolvidables, pero, de verdad, no pasa nada.

Tengo tantas cosas que explicarte, pero no es el momento, todo a su debido tiempo. Me enloquece la idea de poder compartir contigo cada detalle. El lugar. El día escogido. Cogerte de la mano y correr hasta el despacho para enseñarte el proyecto. Daría lo que fuera para poder hacerlo ahora mismo. Perdóname.

Noah me acaricia la mano.

—Te veo diferente. ¿No te das cuenta?

¿Qué puedo contestar? No quiero preguntas que no tengan respuesta. No quiero sentirme observada, ahora no. Mi yo necesita despedirse sin prejuicios y sin reproches. Déjame, Noah, te lo pido por favor.

—No, ¡qué va! No te preocupes, cariño, si pasara algo lo hablaríamos como siempre hacemos. ¿Te gusta la cena?

No sé qué responder sin explicarle la verdadera razón de mi cambio. No quiero comentarios que puedan alterar mi plan. Lo he estudiado paso a paso con una minuciosidad absoluta. Ya no.

—¡Es excelente! Por mí puedes ser diferente cada día, ¿por qué no? Está exquisito.

Me saca una sonrisa. Me relaja. Me he asustado con la pregunta, igual sin necesidad. Tomo nota. Tengo que estar más alerta, cuidar los detalles.